

Bibliografía y congresos

Daros William R. *Protestantismo, capitalismo y sociedad moderna en la concepción de Max Weber*. Rosario: UCEL, 2005. 135 pp.

Este libro representa un renovado esfuerzo por abordar críticamente el pensamiento de Max Weber y su conocida tesis acerca de cómo la ética protestante habría sido un ingrediente importante en la conformación del capitalismo moderno.

En efecto, Weber cree ver que las ideas éticas propugnadas por reformadores como Lutero, Calvino y Wesley, influyeron –no sin un proceso de transformación y secularización de sus mensajes originales– en el ámbito económico, crecientemente marcado por la concepción capitalista.

En este sentido, el trabajo de William R. Daros procura desentrañar los supuestos de la tesis weberiana, sin ocultar la complejidad de las relaciones existentes entre el protestantismo, el capitalismo y la sociedad moderna. Para ello, recurre no sólo a estudios críticos sobre el particular, sino a las mismas fuentes, es decir, a los escritos de los reformadores y a los análisis de Weber, e incluso de algunos estudiosos coetáneos que no siempre han compartido enteramente las conclusiones del sociólogo alemán.

El autor pone de manifiesto en todo momento las dificultades inherentes a cualquier intento de clarificar las causas –siempre múltiples y polisémicas– de los hechos económicos y socio-políticos.

Con un sólido conocimiento de los textos, Daros va desgranando el sentido medular del capitalismo moderno, el cual, según Weber, no ha de ser confundido con el capitalismo aventurero que registra ya antecedentes en otras latitudes del planeta –por ejemplo en el Oriente– y en otras etapas históricas anteriores a la modernidad. Ahora bien, en la aparición del capitalismo moderno entendido como esfuerzo deliberado para obtener una ganancia que sea base de una inversión y una expansión continua previamente calculada, habría incidido cierta concepción derivada del protestantismo, acerca de las relaciones entre la predestinación divina, la austeridad en las costumbres y la eficacia laboral. Ha sido propio de la Reforma el intento por replantear el vínculo entre la praxis y la certeza de la salvación. Así, mientras el cristianismo medieval con frecuencia desdeñaba el apego a lo material y condenaba severamente la usura, algunas posturas protestantes habrían hallado en el trabajo y el ahorro una vía para manifestar su adhesión a Dios en

el uso y la administración de la creación, así como un indicio de la aprobación divina en la consecución exitosa de tal empresa.

Con todo, es menester observar que las ulteriores manifestaciones del capitalismo, a menudo extremaron ciertos aspectos inherentes a la concepción protestante de la vida práctica, desproveyéndola de su inspiración fuertemente ético-religiosa, bajo la cual, la producción y el aumento de riquezas, nunca podrían ser un fin en sí mismos.

Destaca, sin embargo Daros, que, pese a la relatividad de algunas afirmaciones weberianas, el sociólogo alemán tuvo el mérito de traer a luz la discusión sobre ciertos factores influyentes en la economía que no son sólo materiales, sino de otra índole. Ponía así en evidencia, de un modo no unilateral, la complejidad de los fenómenos sociales.

Atribuirle a algunas doctrinas protestantes una incidencia sobre el surgimiento del capitalismo no significa, sin embargo, afirmar que sea su única causa. En tal sentido, el autor aporta múltiples opiniones acerca de que tal mentalidad podría encontrarse larvada ya en los mercaderes de la Edad Media, e incluso, el capitalismo como tal, reconocería causas que nada tienen que ver con la Reforma.

Así, por ejemplo, en Lutero, la vida se rige por la justicia, de modo que resulta inconcebible una separación de la esfera económica y social con respecto a Dios. Tal escisión entre la moral y el trabajo no se debe a la ética protestante, sino a un proceso de secularización y prescindencia de Dios que aparecerá en la época moderna.

Quizás algo más patente sea el vínculo entre el capitalismo y el calvinismo, pues para el reformador francés el éxito en la vida terrenal fue visto como un signo de la salvación obrada y preelegida por Dios. El éxito en el trabajo tomaba ahora un impulso interno y se convertía en un signo de la predestinación divina. El individuo tomaba conciencia del mandato bíblico de multiplicar los talentos y volcaba todos sus esfuerzos en la producción de bienes y riquezas destinados a ser compartidos con sus semejantes. “Sin esta tendencia impulsiva al trabajo exitoso, no se habría desarrollado luego el capitalismo. El dinero fue validado, aunque debía ser pensado y administrado dentro de una vida ascética” (33). Según Daros, Calvino percibía el nuevo clima social y económico que se estaba viviendo en su tiempo. Por ello, fue más tolerante para con el uso del dinero y el cobro de intereses; mas todo ello debía tener un límite moral.

Por su parte, el metodista John Wesley, si bien exhortó al trabajo intensivo y al ahorro, impuso también una impronta fuertemente ética al mismo: “Gana todo lo que puedas, ahorra todo lo que puedas, da todo lo que puedas”. Al

desaparecer el sentido ético-religioso de la solidaridad para con el prójimo la exhortación wesleyana quedó, ciertamente, desprovista de su sentido original aun cuando conservara un impulso análogo al de la mentalidad capitalista.

Esta nueva relación del hombre con el trabajo y el dinero ha de ser interpretada en el contexto de la modernidad, en la cual el individuo y sus acciones son entendidos desde una óptica radicalmente diversa de la antigua y medieval. Sin embargo, no es posible aseverar que haya una relación claramente causal entre la ética protestante y el capitalismo moderno. El propio Weber relativiza a veces la idea de una vinculación directa entre ambos y se expresa en términos de influencias. Para decirlo con A. Gouldner: “Weber sostenía que el sistema económico de Europa occidental, el capitalismo, era la consecuencia no prevista de la conformidad con la ética protestante”.

Por otro lado, es un hecho que existen matices entre las diversas direcciones del protestantismo y sus derivaciones ascéticas. Así, por ejemplo, entre Lutero, Calvino y Wesley existen divergencias no menores. Por lo demás, Daros estima criticable que Weber no haya acentuado suficientemente que la influencia del protestantismo sobre el capitalismo en todo caso no se llevó a cabo sino a costa de una ruptura o separación de los valores religiosos, “ruptura que es la causante principal del surgimiento del capitalismo moderno, generador de su propia lógica moral intramundana” (55), basada en el utilitarismo y el lucro. En este contexto, dice Daros, no resulta extraño que la economía estableciera sus propias leyes autónomamente. Las condiciones económicas de la existencia tienen, ahora, un carácter accesible al cálculo y a la previsión de un actuar racional con arreglo a fines sólo intramundanos.

Desde esta perspectiva –prosigue el autor– es imposible derivar directamente de la ética protestante la ética del capitalismo, pero sí *indirectamente* –como algo no querido por los reformadores religiosos–; porque cabe aceptar que los ideales del trabajo, del esfuerzo y del ahorro contribuyeron a crear la ética capitalista y un clima de mutua confianza en los negocios, sin cuyos ideales no hubiese sido posible el surgimiento del capitalismo moderno en Occidente (91).

Daros, sin embargo, no oculta aspectos críticos con relación al planteamiento de Weber. Si bien el sociólogo alemán ha aportado cierta explicación del “espíritu del capitalismo” cuyo surgimiento probablemente no sería comprensible sólo en términos de la mera acumulación de fuentes y medios de producción, no obstante, ha carecido de una sólida experiencia de campo, trabajando, en cambio, a partir de una extensísima bibliografía y con la ayuda de métodos estadísticos.

Por otra parte, según el autor, resulta conveniente tener en cuenta que Werner Sombart, contemporáneo de Weber, consideró que éste había exagerado la importancia de la ética protestante en la explicación del

surgimiento del espíritu del capitalismo, en apoyo de lo cual presentó no pocos argumentos que limitarían considerablemente la validez de tal tesis. En sentido análogo, Daros desarrolla algunas aportaciones del francés Henri Sée, también coetáneo de Weber.

Finalmente, ha querido traer a luz el autor, cuáles son los supuestos filosóficos de la doctrina weberiana, estimando que esta concepción, pese a su innegable valor interpretativo, adolecería de cierta debilidad epistemológica, por lo que puede ser relativizada y refutada en algunos aspectos, si bien “el mismo Weber, en parte, ya reconoció que su énfasis en la ética protestante (especialmente calvinista) debía ser *integrado con otras causas* para explicar cabalmente el origen del capitalismo moderno” (119).

Así, en conjunto, la presente investigación puede considerarse un estudio suficientemente amplio, bien documentado, con desarrollos por momentos muy detallados y, sobre todo, críticamente equilibrado. Cierra el volumen una extensa bibliografía actualizada, útil para quien desee profundizar en el tratamiento de la cuestión. En suma, puede decirse que este trabajo constituye un aporte interesante, con aspectos abiertos a la discusión sobre el tema que se propone analizar.

Silvana Filippi
Universidad Nacional de Rosario
Argentina

Actas del Simposio Internacional de Filosofía. *El filosofar hoy*, 14-15 de octubre de 2005. Rosario: UCEL, 2006. Vol. I, 193 pp. Vol. II, 203 pp.

Bajo la organización general del Prof. Dr. William R. Daros, investigador principal del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) y catedrático universitario, y del Prof. Dr. Tomaso Bugossi, catedrático de la Università di Genova, Italia, se llevó a cabo este importante evento académico, en la sede de la Universidad del Centro Educativo Latinoamericano, de la ciudad de Rosario, República Argentina.

El Simposio se estructuró bajo el formato de ocho conferencias plenarias, seguidas de sus respectivos debates y la presentación de comunicaciones libres simultáneas, las cuales, mayormente, tuvieron lugar durante el último día del evento. La conferencia de apertura fue presentada por el decano de la Facultad de Ciencias Económicas y ex rector de la UCEL, el Prof. CPN Rogelio Pontón, quien disertó sobre “El objetivo de la filosofía hoy. Principio antrópico o principio de Copérnico”.

A continuación dio comienzo la primera sesión de la primera de las dos jornadas que conformaron el Simposio, que constó de dos conferencias y un par de comunicaciones libres, bajo la presidencia del Prof. Dr. Daniel Lasa. En primer término disertó el Prof. Dr. Juan Carlos Pablo Ballesteros, director de posgrado de la Universidad Católica de Santa Fe, Argentina. Su conferencia trató sobre “La filosofía académica y la filosofía como modo de vida: su necesaria complementación”.

Seguidamente tuvo lugar la primera de las comunicaciones breves, a cargo de la Prof. Ileana Beade, catedrática de la Universidad Nacional de Rosario e investigadora del CONICET, sobre el tema titulado: “A propósito de las relaciones entre teoría y práctica en la filosofía kantiana: reflexiones acerca de una tarea filosófica inconclusa”. Una segunda comunicación en este primer espacio matinal estuvo a cargo del Prof. Eduardo Rodil, de UCEL, quien presentó el tema “Retornando a los ‘Old Whigs’ o al liberalismo británico”. Para finalizar este bloque, el coorganizador por la Università di Genova, Prof. Dr. Tomaso Bugossi, presentó la segunda conferencia plenaria, bajo el título “Riflessioni sulla tematica della persona in Michelle Federico Sciacca”.

En horas de la tarde el Simposio tuvo continuidad mediante la segunda sesión, presidida por el Prof. Dr. Juan C. P. Ballesteros. Esta sesión constó de dos comunicaciones libres y un par de conferencias plenarias. Se inició con la ponencia presentada por el Prof. Dr. Claudio Calabrese, de la Universidad FASTA, Argentina, titulada “La frontera entre el mito y la filosofía”. La segunda ponencia estuvo a cargo del Prof. Mag. Mauro Cardoso Simoes, de la Universidade Estadual de Campinas, Brasil, sobre el tema “Éric Weil e a tarefa do filósofo”.

La primera disertación plenaria de esta segunda sesión estuvo a cargo del autor de esta crónica, Prof. Dr. Fernando Aranda Fraga, de la Universidad Adventista del Plata, Argentina, cuya conferencia se tituló “Una mirada crítica y filosóficamente orientada sobre el sujeto histórico del filosofar”.

Para cerrar la sesión de la tarde, la Prof. Annalisa Noziglia, de la Università di Genova, Italia, disertó sobre “La metafisica antropica: incontro di verità–bellezza–bene”.

La tercera sesión del Simposio, durante la jornada del 15 de octubre, presidida por el Prof. Dr. Carlos Hoevel, catedrático e investigador de la Universidad Católica Argentina, de Buenos Aires, constó de dos conferencias y una comunicación libre que tuvo lugar entre ambas disertaciones plenarias. Dio comienzo con la quinta conferencia del evento, titulada “El ser y el acontecer del filosofar ante los retos científicos y tecnológicos del mundo actual”, por el Prof. Dr. José Ricardo Perfecto Sánchez, de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Luego, Simone De Andreis, también de la Università di Genova, expuso acerca de “La crisi dell’Occidente in M. F. Sciacca”. Esta tercera sesión finalizó con la sexta conferencia plenaria, a cargo del Prof. Dr. Daniel Lasa, de la Universidad Nacional de Villa María, Córdoba, Argentina, quien disertó sobre “¿Cómo recuperar el valor del filosofar hoy?”.

En horas de la tarde del día 15 tuvo lugar la cuarta y última sesión del Simposio, bajo la presidencia del Prof. Dr. Claudio Calabrese. Constó de dos conferencias plenarias. Primeramente el Prof. Dr. William R. Daros, presentó la séptima conferencia del evento, sobre el tema “Complejidad del filosofar: identidad del filosofar y diversidad de las filosofías”.

La octava y última conferencia, a cargo del Prof. Dr. Carlos Hoevel, se tituló “Nostalgia de la persona en la filosofía social contemporánea”. Finalmente, el Simposio tuvo su cierre mediante una mesa redonda, cuyo eje central de análisis llevó como título “¿Misión, omisión o dimisión del filosofar?”, teniendo a su cargo las palabras de clausura el Prof. Dr. Tomaso Bugossi. A continuación, en el texto que sigue, profundizaremos parcialmente las ideas liminares propuestas por algunos de los disertantes plenaristas.

En la apertura, Rogelio Pontón, afirmó que el “principio antrópico” es una reflexión que va más allá de la ciencia y de la filosofía, y posee, de hecho, connotaciones teológicas. Se trata de un principio que desde hace algunas décadas se discute entre los cosmólogos y que puede traducirse de la siguiente manera: “¿Está el universo preparado para recibir la vida humana? O para expresarlo con otros términos: ¿Era necesario que apareciera esa vida en la historia cósmica?”. Según recientes cálculos de reconocidos astrofísicos, se estima que la cantidad de estrellas de nuestra galaxia sería de 10^{11} y la cantidad de galaxias de 10^{11} . De esto se deduce que la cantidad de estrellas del universo estaría en el orden de los 10^{22} . También se estima que la cantidad de planetas semejantes a la tierra podría estar en el orden de 10^{17} . Es por esto que el interrogante que se ha hecho el hombre desde siempre sobre la existencia o no de causas finales en el universo o en los seres vivos, y que fuera dejado de lado, en la biología, por el desarrollo de la teoría evolucionista de Darwin, vuelve a plantearse por parte de la ciencia actual, al nivel más amplio de la cosmología.

Por su parte, Ballesteros inició su conferencia partiendo del filosofar socrático. Para Sócrates la búsqueda de la verdad y de la sabiduría no consistía simplemente en ampliar nuestro conocimiento del mundo, sino en volver al hombre a su verdad interior, sabiduría que constituye un modo de vida superior, un estilo ético que diferencia al filósofo y lo eleva por encima del hombre común. Proponer el modelo socrático del filosofar puede resultar para algunos un anacronismo, pero si la filosofía no significa un compromiso

intelectual y moral para el que filosofa, se transforma en mera literatura. ¿Por qué recurrir a Sócrates? Sócrates es un socio potencial en la conversación filosófica para cualquiera y para todos, forzando a sus socios en la conversación a hacer explícitas cuestiones difíciles, cuyas respuestas han sido hasta ahora tácitamente asumidas en sus actividades cotidianas. Por contraste, los contribuyentes a las publicaciones filosóficas contemporáneas se dirigen a una audiencia especializada en un tipo de lenguaje que excluye a los que no tienen un cierto tipo de entrenamiento profesional. El objetivo de Sócrates fue capacitar a aquellos a los que abordaba a reconocer que ellos no entendían en todo su significado lo que hasta ahora habían pensado que comprendían. Los cuestionaba para que se transformaran en autocuestionadores comprometidos en seguir los argumentos hasta llegar a conclusiones sustantivas sobre el mundo y sobre ellos mismos. Tales cuestionamientos son posibles cuando tomamos distancia de las suposiciones en las que hemos confiado hasta ahora, sometiéndolas a un escrutinio crítico sistemático mediante las más fuertes objeciones disponibles.

En el pensamiento de Sciacca, de acuerdo con la exposición de Bugossi, se encuentra la presencia continua del concepto de interioridad. Para precisar el papel que este concepto desempeña en la “filosofía de la integralidad” es necesario una profundización muy cuidadosa de la construcción teórica de Sciacca y de su itinerario filosófico que lo ha llevado de la adhesión al Actualismo a la Filosofía de la integralidad. El concepto de interioridad se halló comprometido por la noción moderna de inmanencia que representa su deformación subjetiva. El actualismo excluye toda forma de trascendencia: toda la realidad está incluida en el Yo, en el sujeto; no existe nada fuera del sujeto. Es el yo el que se pone a sí mismo y al todo. Sciacca procede según las siguientes “etapas”: 1) El Actualismo gentiliano; 2) el espiritualismo crítico; 3) el espiritualismo cristiano; 4) el idealismo objetivo; 5) la Filosofía de la Integralidad, que no es una instancia espiritualista, porque la integralidad quiere decir la totalidad de todos los elementos ontológicos. Sciacca somete a una profunda crítica el pensamiento moderno como se manifiesta en Descartes, Kant, Hegel y Gentile.

Por mi parte (Aranda Fraga), en mi disertación abordé la problemática de la construcción del sujeto a través de su historia. Primeramente analicé la situación del sujeto desde el nacimiento de la filosofía, nuestra tradición intelectual occidental, caracterizando previamente la época mítica que lo precedió. Seguidamente me explayé sobre los siguientes momentos de inflexión que demarcan ciertas etapas cruciales que denotan los sucesivos pasos en el proceso que tuvo lugar entre una y otra construcción histórica. Así, delimité las transiciones, para concluir con la caracterización de aquellos elementos que definen a la especie humana en su esencia actual, el presente

vivo que lo constituye como un sujeto, objeto –a la vez que sujeto privilegiado– del filosofar actual. Paralelamente, a raíz de las revolucionarias pronunciaciones efectuadas durante el pasado siglo a nivel de estudios de género, me ocupé de abordar este rico rubro de la filosofía contemporánea, en su construcción epocal. Para concluir intenté situar al sujeto universal en el marco del pensamiento y la cultura actuales, ante los desafíos y problemas de nuestro tiempo.

Annalisa Noziglia presentó algunos rasgos fundamentales de lo que es el *filosofar hoy*, en el origen de una filosofía –como la denomina Tomaso Bugossi– “metafísica antrópica”. Dijo Noziglia que, según Bugossi, “la verdad no es solamente objeto del pensamiento, sino deseo de amor: nos hace felices. En el íntimo coloquio del hombre, la razón está presente. Es tarea del hombre el trascenderse, pero sin enajenarse, sin perder el uso de la razón; agustinianamente se dirige allá donde la luz de la razón se enciende. El hombre es el ente presente porque participa de la Verdad. La Verdad no es objeto de pensamiento como imagen de Verdad absoluta: la búsqueda filosófica es búsqueda interior”.¹ La “metafísica antrópica” es metafísica del hombre que contempla la interioridad propia para poder dirigirse a “un hombre centro de la escucha”. El “hombre antrópico” es el hombre de la contempla-acción, aquél que después de haber contemplado, y haberse nutrido de la Luz, renueva el mundo irradiándola fuera de sí: éste es el momento de la acción. La luz de Dios custodiada en su interioridad lo ilumina con Nueva Luz y lo hace capaz de irradiar el mundo.

En su exposición, William Daros afirmó que el filosofar se presenta como una aventura digna del intelecto: un hallar el significado de la vida, con ingenio, a los problemas que ella nos plantea. Pero esta actividad filosófica, tal como lo conocemos en Occidente, ha adquirido hasta nuestros días una flexibilidad extraordinaria, hasta el punto que, cuando se desea definir qué es filosofar o qué es la filosofía, esto la convierte en un problema para sí misma. La respuesta no es simple, porque requiere tener en cuenta tanto a la historia, como a los humanos que la cultivan. En este contexto, cabe preguntarse si acaso la filosofía y el filosofar poseen alguna identidad. El autor de este texto partió del supuesto que el filosofar es algo analógico. La analogía supone elementos comunes y elementos diversos. Las filosofías –concluye Daros– son sistemas autofundados: cada una de ellas contiene, en su principio, su autofundación teórica. El carácter de único, de universalidad y totalidad del principio de la filosofía la distingue de las demás ciencias. Los filósofos son descubridores o conquistadores de tierras intelectuales y fundan sistemas, en nombre de la soberanía del ser, mediando en ello la inteligencia y la

¹ Tomaso Bugossi, *Filosofia e comunicazione* (Genova: Colors Edizioni, 1998), 40.

iluminación de la razón. Claro está que, para ello, tienen que aclarar los avales que le otorga a esta gran señora razón, que todo parece justificarlo, sin que ella requiera más que presentación, análisis y las muestras de las joyas de sus evidencias, ante un tribunal humano que la observa no ya con la serenidad de la Dama de Armiño, de Leonardo, sino con la sonrisa sibilina de la Gioconda. Filosofar es ejercer la libertad de pensamiento, a la que se le solicita, en consecuencia, responsabilidad en ese ejercicio y en la construcción de esos pensamientos, sistemática y lógicamente organizados, que llamamos filosofías. Por ello, el filosofar siempre ha tenido sus cancerberos, tanto de la libertad como de la responsabilidad, a las que se las quiere adormecer con el opio de las ideologías.

Tal ha sido, a modo de brevísimo *racconto*, la tónica general, a la vez que fecunda y diversa, de este relevante Simposio dentro de la variada y rica constelación de eventos académicos que dio el año filosófico en la Argentina del 2005. Quedan en el tintero más de una veintena de interesantísimos temas presentados como trabajos libres por destacados filósofos argentinos y extranjeros, pero que lamentablemente por razones de espacio no es posible comentar aquí.

Fernando Aranda Fraga
Universidad Adventista del Plata
Argentina